



5	1. El elogio de la amabilidad Artículo de opinión Características del artículo de opinión	Esther Tusquets
10	2. Todo está en los libros Ensayo Análisis argumentativo	Gustavo Martín Garzo
15	3. Las fronteras Artículo de opinión Análisis argumentativo	Antonio Muñoz Molina
20	4. Corazonada * Narración Cuento breve (completo)	Mario Benedetti
25	5. Productos podridos Artículo de opinión Tema lingüístico	Javier Marías
30	6. Pensionista Narración Cuento breve (completo)	Enrique Arenz
35	7. El indigno * Narración Cuento breve (completo)	Jorge Luis Borges
	8. E l español y el paisaje Artículo de opinión Argumentación	Julio Lamazares
	9. Mi primera lectura del "Quijote" Ensayo breve. Campo semántico	Eduardo Mendoza



Ejercicios

Nulla dies sine linea
Plinio el Viejo(23-79 d.C).

- 5
1. Los ejercicios correspondientes a cada tema serán dados en clase, previa discusión y análisis de su contenido.
 2. Cada estudiante preparará el vocabulario de un texto:
 - a. Elegir las palabras desconocidas e indicar:
 - a 1. la etimología
 - a 2. la acepción correspondiente al texto
 - 10 a 3. traducción alemana
 - a 4. citar la fuente lexical con precisión
 - a 5. incluir referencias enciclopédicas (nombres, fechas, datos)
 - a 6 el vocabulario debe entregarse la semana previa al estudio del texto para poderlo incluir en la página www del curso.
- 15 Preparar el protocolo de la clase ampliando el vocabulario lingüístico y literario.
(ver *Términos lingüísticos y literarios en esta página Web*)
- b. Complementar con información enciclopédica cuando el texto lo requiera.
- 20
3. **Los textos marcados con asteriscos (*) deben escribirse dentro del 80% de las redacciones requeridas.**
- La literatura secundaria: La omisión de la bibliografía o la copia sin mención de la fuente importará el rechazo del trabajo.
Se recomienda seguir : *Richtlinien zur Erstellung wissenschaftlicher Arbeiten. Romanisches Seminar der CAU.*
- 25

Entrega de las redacciones

Horacio aconsejaba en su *Epístola a los Pisones* « guardar nueve años los manuscritos antes de publicarlos ». Como las redacciones solicitadas en este curso, no se publicarán, es conveniente que se entreguen **puntualmente todas las semanas**, para bien del que las escribe y del que las corrige.

30

Consultas:

LDispert@romanistik.uni-kiel.de

35 Control de trabajos entregados y corregidos

1	2	3	4	5
6	7	8	9	10



Nº 1 Elogio de la amabilidad

Esther Tusquets
Barcelona, 1945

5 Cada vez estoy más convencida de que los humanos cambiamos poco con la edad. Me parece por una vez cierto un dicho popular: "Genio y figura hasta la sepultura". Sufrimos casi siempre un deterioro ("no maduramos, nos pudrimos", postulaba hace años, muchos, antes de convertirse en uno de los mejores editores del mundo hispano, Jorge Herralde), pero poco cambiará nuestro modo de ser, nuestro carácter. Sí, en cambio, suelen variar nuestra ideología, nuestras costumbres, nuestros gustos, y en consecuencia eso que llamamos un poco pomposamente "nuestra escala de valores".

Hace posible la convivencia humana y la supervivencia de los más débiles

10 De joven -a mis 20, a mis 30, incluso a mis 40 años-, no se me hubiera ocurrido hacer un elogio de la amabilidad. Ni a mí, ni a los jóvenes de entonces, ni a los jóvenes de hoy.

15 En la primera etapa de la vida se aprecia el atractivo externo (¿con cuánta frecuencia, al hablar de alguien, es esta cualidad la primera que mencionamos?, ¿cuántas veces se añade entre las razones que hacen dolorosa una muerte, sobre todo si se trata de una muchacha o de un niño, lo guapo que era?), la habilidad en el deporte, en el baile, en hacer que las actividades sean divertidas, el valor físico, la simpatía, y también, es cierto, la inteligencia, un talento determinado para algo, la originalidad.

20 Para que valoremos la bondad (la bondad real, la única válida, que, al igual que el auténtico amor, no cabe confundir con la tontería, sino que requiere, al menos en los humanos -el amor de los animales, para mí y para otras personas tan importante, discurre por cauces distintos-, una dosis importante de inteligencia) deben transcurrir unos años, tenemos que haber llegado a comprender que, sin la presencia de algunos "hombres buenos", la vida, en este inhóspito planeta que nos ha caído en suerte, sería insufrible, pues sólo ellos mantienen la mínima dosis de comprensión, de interés por los demás y de generosidad (vergüenza me da añadir "de solidaridad", tan deteriorada ha quedado esta palabra por el abuso y el mal uso que se ha hecho de ella, pero no encuentro otra para sustituirla, ¡y era, es, de todos modos, tan hermosa!) que hace posible la convivencia humana y la supervivencia de los más débiles.

25 Y tienen que transcurrir unos años más, tal vez estar ya cerca de la vejez, saberse más frágil, más vulnerable, más necesitado de los otros, para apreciar de veras la amabilidad -pariente próxima muchas veces de la bondad-, más allá de formulismos ridículos y de los manuales de urbanidad de nuestros abuelos. Que, al salir de casa, el portero te dedique una sonrisa o un gruñido; que el taxista te salude amable y te permita elegir entre el silencio, una buena música, una conversación agradable, o te condene a escuchar a todo trapo la Cope, un partido de fútbol o su intercambio de insultos obscenos con los conductores que se cruzan en su camino; que otros pasajeros te cedan el asiento o te aparten a empujones de la puerta del metro o el autobús; que los camareros, los dependientes -y no digamos los fun-cionarios- te atiendan cordiales o te condenen a la invisibilidad, son pequeñas cosas que le cambian el color y la música al día, que modifican nuestro estado de ánimo, aumentan o disminuyen nuestra calidad de vida.

40 La amabilidad tiene mayor valor para los débiles, porque necesitan más de ella, al ser menos capaces de valerse por sí mismos.

Esto lo descubre una, con distintos grados de amargura -si se añaden unas gotas de buen humor es más sopor-table-, al ingresar en esa espantosa etapa de la vida que antes llamábamos vejez y ahora llamamos tercera edad. Los jóvenes no saben lo que significa envejecer, y el significado que adquiere la amabilidad, y cómo a veces la necesitamos y les necesitamos.

45 Pero tal vez el caso extremo de indefensión dentro de la vida que consideramos normal (o sea, dejando a un lado las cárceles, los manicomios, las guerras, las catástrofes) se dé en las consultas de los médicos y en los grandes centros hospitalarios, sean públicos o privados. Muy fuerte tiene uno que ser para, ante la enfermedad propia o la de un ser querido, no sentirse perdido e inerme en los pasillos y las salas de espera o de urgencias, donde con frecuencia nadie te dice nada, ni te explica nada, ni parece verte siquiera. En ese estado de indefensión total, una palabra alentadora, un gesto cariñoso, puede atenuar tu ansiedad y serte más útil que los conocimientos del más sabio de los doctores del centro.

50 Si algún día tengo que someterme a una operación de alto riesgo, lo tengo claro: no recurriré al mejor especialista mundial, me pondré en las manos de un médico que una, a la competencia en el oficio, una fuerte dosis de humanidad. Del más cariñoso, del más bondadoso, del más amable, en definitiva.
55 *El País, 11-01-09*



Nº 2 ¿Todo está en los libros?

Gustavo Martín Garzo
Valladolid, 1948

5 Leo con el apetito de una muchacha que piensa que va a encontrar al Príncipe Encantador en los libros", escribió Isak Dinesen. La literatura nos permite vivir con más intensidad nuestra propia vida y tener aventuras que estén a la altura de nuestros anhelos y sueños. El lenguaje poético, según la gran escritora danesa, debe responder al sentimiento del placer pero también del deber. Amar algo es apropiarse de su vitalidad, como hace el cazador con las piezas que cobra, pero también hacerse responsable de ello. Algo, en suma, muy cercano a la experiencia amorosa.

10 La vida sólo merece la pena cuando está hecha de la misma materia con que se hacen los buenos textos
Las bibliotecas son como la cueva de Alí Babá, con un botín inagotable
"Una entrega encantada", así definió Ortega el amor. Es lo que nos pasa cuando leemos un libro que nos gusta. Accedemos gracias a él a un lugar nuevo, un lugar de hechizo que tal vez no podamos abandonar. Buscamos como los vampiros nutrirnos de una sangre que no nos pertenece para fortalecer con ella nuestra propia vida.

15 Que los libros tienen el poder de cambiarnos, es algo que me parece fuera de toda discusión. No son obviamente todos, pero hay algunos que tienen sin duda ese incomparable poder. ¿Todo está en los libros? De alguna forma sí, porque los libros proceden de la vida. Edith Wharton, en su prólogo a *Historias de fantasmas*, se permite dar un consejo a los jóvenes aprendices de escritores: "Si quieres escribir una historia de fantasmas debes sentir miedo al hacerlo". Es lógico que les diga esto, pues si no conocieran el miedo ¿cómo podrían transmitirlo al lector? El escritor necesita haber vivido para lograr que su experiencia pase a sus lectores a través de la escritura, pero esto no quiere decir que leer sea lo mismo que vivir. Los libros nos ofrecen imágenes y palabras que tal vez ayudaron a vivir a otros hombres, y que pueden ayudarnos a nosotros, pero no se confunden con la vida ni pueden sustituirla.

20 La literatura es como un gran almacén. Se guardan en él todas las emociones humanas, nuestros sueños y nuestras preguntas, y leer es entrar en ese almacén y tomar lo que necesitamos. El lector devuelve a la vida, a través de lectura, lo que el escritor tomó de ella para escribir sus libros, con lo que el círculo se cierra. Bernhard Schlink ha escrito una novela, sobre la que acaba de hacerse una película, que es una delicada metáfora de todo esto. Se titula *El lector* y en ella un adolescente conoce a una mujer que le dobla la edad y con la que inicia una apasionada relación. En las pausas de sus encuentros sexuales, ella le pide que le lea los libros que estudia en la escuela. El muchacho lo hace, y las palabras de esos libros regresan a la vida en forma de caricias y encendidos besos. Y el

25 muchacho quedará marcado para siempre por esa turbadora mezcla.
Las bibliotecas son como la cueva de Alí Babá, y la historia de la literatura es la historia de cómo se ha ido formando ese botín inagotable y secreto. Leer es aprender a pronunciar las palabras que abren las piedras y rescatar ese botín del olvido. Las palabras de la poesía tienen esa maravillosa cualidad y participan a la vez del mundo real y el de los sueños. La poesía nos lleva a los lugares soñados donde yacen los tesoros, pero a la vez nos permite regresar de ellos con las bolsas repletas.
¿Paraqué serviría un tesoro si no se pudiera robar? Un tesoro no es nada sin un lugar real donde ser ofrecido o repartido. Y ese lugar real es la vida de todos los lectores del mundo.

30 Jorge Luis Borges agradece en *El poema de los dones* la diversidad de las criaturas que forman este singular universo. Da gracias por el rostro de Elena y la perseverancia de Ulises; por el amor, que nos deja ver a los otros como los ve la divinidad; por las místicas monedas de Ángel Silesio; por el último día de Sócrates; por aquel sueño del Islam que abarcó mil y una noches; por Swedenborg, que conversaba con los ángeles en las calles de Londres; por las rayas del tigre; por el lenguaje que puede simular la sabiduría; por el sueño y la muerte... Todos esos dones componen un único libro, un libro inagotable, en que vida y lenguaje se confunden.

35 Los libros están hechos de palabras, pero nuestra vida también. Ser hombre es vivir en el lenguaje, recibir esos dones que, en gran parte, se confunden con las palabras. Stéphane Mallarmé dijo que el mundo se creó para culminar en un hermoso libro, y vivimos tratando que nuestra vida se transforme en una historia que merezca la pena escuchar.
Cuando voy a dar charlas a los institutos de enseñanza media siempre digo a chicos y chicas que por mucho que se empeñen no pueden escapar a la literatura. No importa que no lean, que no abran un libro jamás, pues la literatura, la poesía, forma parte de ellos. Es más, tiene que ver con las experiencias más decisivas de sus propias vidas, con esos momentos de epifanía y gozo que todos anhelan tener.

40 Por ejemplo, el amor es una experiencia así. Transcurre en el mundo, es una experiencia que pertenece al campo de lo real, pero a la vez es una experiencia poética. Los momentos más intensos



de nuestra vida tienen una naturaleza doble: suceden a la vez en el mundo real y en el de los sueños. La única manera de escapar a la literatura, sigo diciéndoles a mis jóvenes interlocutores, es dejar de vivir o tener una vida vulgar, cosa que ninguno de ellos obviamente desea.

Por eso les animo a leer, porque la vida sólo merece la pena cuando está hecha de la misma materia con que se hacen los buenos libros.

¿Y qué nos dicen esos libros? Algo muy simple: que podemos traernos cosas de los sueños.

Coleridge tiene un poema en que un poeta sueña con un jardín fabuloso donde todo es perfecto.

Paseando por sus senderos, ve un hermoso rosal y toma distraído una de sus rosas. Pero algo pasa y se descubre, de golpe, acostado en el cuarto inmundo de una pensión. Comprende decepcionado

que ese jardín sólo ha existido en su fantasía y, cuando trata de volver a dormirse, ve sobre la mesilla

la rosa que acaba de cortar. Puede que el jardín fuera un sueño, pero se ha traído de él una flor. ¿Es posible esto? La literatura nos dice que sí. El poema es la prueba. Coleridge no se limita a soñar con

un lugar maravilloso, sino que escribe un poema que podemos leer. Ese poema es la rosa, una rosa de palabras. Leerlo es pasear por el jardín encantado, aspirar sus aromas desconocidos, llevar en las

manos la rosa soñada.

No leemos porque queramos escapar del mundo, ni para sustituirle por otro hecho a la medida de nuestros deseos, sino para ser reales. Tal es la razón última de todos los libros que existen. "¡Quiero ser real!", es lo que exclaman todos los lectores del mundo cuando abren un nuevo libro. Y,

paradójicamente, ese deseo es su sueño más desatinado y hermoso.

El País Semanal, pág. 33, 16-10-2009



N° 3 Las fronteras

Antonio Muñoz Molina
Úbeda (Jaén) 1956

5 Viajo en tren por el país abstracto del invierno. La niebla y el frío casi despojan de identidad
reconocible a la ciudad por la que hemos estado caminando envueltos en abrigo y bufandas,
traspasados por la lenta humedad de un río de cuyas aguas no se mueven y cuyo nombre no hemos
llegado a saber. El puente de hierro que lleva a la otra orilla queda suspendido en la niebla. Estamos
10 en cualquier ciudad, en cualquier invierno, en una severa capital interior con torreones románicos en
los que chillan y aletean pájaros que no llegamos a ver porque la nieve los oculta y con bloques de
ladrillo oscuro de los años setenta, con una calle mayor en la que hay soportales, y un casino, y
tiendas rancias de ultramarinos y corsetería.

No me acordaba de este frío antiguo que sube insidiosamente por la espalda, debajo de la ropa de
abrigo, que se transmite de la tierra y la piedra heladas a las plantas de los pies. El tren ha llegado
15 emergiendo de la niebla, anunciado por un sonido de sirena de barco. Hay un nombre de ciudad en la
estación, pero se vuelve irrelevante comparado con la cualidad abstracta de la arquitectura de hierro
y con el gran reloj que brilla en la grisura del atardecer. Nosotros, los pasajeros que esperábamos,
también somos figuras despojadas de identidades y de nombres, viajeros que aguardan idénticos a
los de cualquier otro andén del mundo, mirando exactamente de la misma manera al tren que se
20 aproxima, con ropas oscuras de abrigo, con bolsas y maletas junto a los pies. Es raro y también es
grato encontrarse aquí, en este país sin nombre del invierno y la niebla, a punto de subir a un tren que
llega justo a tiempo, con la expectativa modesta y confortable de unas pocas horas de viaje, sin
mucho urgencia de irnos de aquí ni de llegar a otra parte.

Por la ventanilla no se ve nada, sólo la niebla poco a poco oscurecida por el anochecer, atravesada
25 de trecho en trecho por luces que no se sabe si son de ciudades o de casas aisladas, farolas de
autopista. El tren es cómodo, pero por fortuna no muy rápido ni demasiado importante, así que en las
horas del viaje no se escucha ni una sola vez un teléfono móvil. El mundo del otro lado de la
ventanilla ha sido enguatado o cancelado por la niebla. Tras un breve paseo hacia el lavabo constato
que en mi vagón al menos tres personas van leyendo obras maestras. Una chica joven, al otro lado
30 del pasillo, lee sin levantar la cabeza *Orgullo y prejuicio*, llevando distraídamente el ritmo de la música
que escucha mientras tanto en un *walkman*. Unos cuantos asientos más adelante, un hombre de
treinta y tantos años tiene los ojos absortos en la mitad de *La montaña mágica*. De perfil contra la
ventanilla opaca, una señora rubia, con aire de extranjera, va leyendo en francés uno de los libros
que a mí me gustan más de Georges Simenon, *El hombre que miraba pasar los trenes*, la novela de
35 un hombre raro e impasible que se mueve por estaciones y llanuras de la Europa invernal no muy
distintas de las que cruza este tren, forastero y solo en *El País*, 23.02.2002 todas partes, tan
indiferente, tan ajeno a cualquiera, como si no tuviese ninguna identidad.

Simenon, Thomas Mann, Jane Austen. No se puede decir que viaje en mala compañía. Por mi
parte, yo llevo un libro que es una crónica de peregrinaciones por los lugares más próximos de la
40 memoria y del alma de alguien, por el exotismo y el misterio de lo más cercano, el café donde uno va
a desayunar y a leer el periódico todos los días, el jardín público de una ciudad, la aldea de sus
mayores: en ese tren yo voy leyendo *Microcosmos*, de Claudio Magris, libro incomparable que
celebra el amor por el mundo ceñido y mínimo del que uno procede y repudia vigorosamente a la vez
la tentación localista y la ciega agresividad identitaria. Los paisajes y los seres que cuenta Magris
son más reales que este país de invierno por el que yo viajo, y la luz del Adriático que relumbra en
45 sus páginas alivia la grisura sombría de la niebla, da ganas de vivir y de escribir, de seguir leyendo,
de viajar a esas tierras fronterizas del libro. La frontera es un dios que a veces exige sacrificios de
sangre, dice Magris. Como en las lecturas fervorosas de los veinte años, interrumpo la lectura y
busco un bolígrafo para subrayar uno de tantos pasajes del libro que llegan con eficacia fulminante al
corazón y a la inteligencia: "*Tal vez el único modo de neutralizar el poder letal de las fronteras es
50 sentirse siempre de la otra parte y ponerse siempre del lado de la otra parte*".

El País, 23 - 01- 2000



N° 4 Corazonada

Mario Benedetti

Uruguay, 1920 -2009

Apreté dos veces el timbre y enseguida supe que me iba a quedar. Heredé de mi padre, que en paz
descanse, estas corazonadas. La puerta tenía un gran barrote de bronce y pensé que iba a ser bravo
5 sacarle lustre. Después abrieron y me atendió la ex, la que se iba. Tenía cara de caballo y cofia y
delantal. "Vengo por el aviso", dije. "Ya lo sé", gruñó ella y me dejó en el zaguán, mirando las
baldosas. Estudié las paredes y los zócalos, la araña de ocho bombitas y una especie de cancel.

Después vino la señora, impresionante. Sonrió como una Virgen pero sólo como. "Buenos días".
"¿Su nombre?" "Celia". "¿Celia qué?" "Celia Ramos". Me barrió de una mirada. La tipeja.

10 "¿Referencias?" Dije tartamudeando la primera estrofa: "Familia Suárez, Maldonado 1346, teléfono
90948. Familia Borrello, Gabriel Pereira 3252, teléfono 413723. Escribano Perrone, Larranaga 3362,
sin teléfono". Ningún gesto. "¿Motivos del cese?" Segunda estrofa, más tranquila: "En el primer caso,
mala comida. En el segundo el hijo mayor. En el tercero, trabajo de mula". "Aquí", dijo ella, "hay
bastante que hacer". "Me lo imagino". "Pero hay otra muchacha y además mi hija y yo ayudamos".

15 "Sí, señora". Me estudió de nuevo. Por primera vez me di cuenta de que de tanto en tanto parpadeo.
"¿Edad?" "Diecinueve". "¿Tenés novio?" "Tenía". Subió las cejas. Aclaré por las dudas: "Un atrevido.
Nos peleamos por eso." La vieja sonrió sin entregarse. "Así me gusta. Quiero mucho juicio. Tengo un
hijo mozo, así que nada de sonrisitas ni mover el trasero". Mucho juicio, mi especialidad. Sí señora.
"En casa y fuera de casa. No tolero porquerías. Y nada de hijos naturales, ¿estamos?" "Sí, señora".

20 ¡Ula Marula! Después de los tres primeros días me resigné a soportarla. Con todo, bastaba una
miradita de sus ojos saltones para que se me pusieran los nervios de punta. Es que la vieja parecía
verle a una hasta el hígado. No así la hija, Estercita, veinticuatro años, una pituca de ocai y rumi que
me trataba como a otro mueble y estaba muy poco en casa. Y menos todavía el patrón, don Celso, un
bagre con lentes, más callado que el cine mudo, con cara de malandra y ropa de Yriart, a quien

25 alguna vez encontré mirándome los senos por encima de "Acción". En cambio el joven Tito, de veinte,
no precisaba la excusa del diario para investigarme como cosa suya. Juro que obedecí a la Señora
en eso de no mover el trasero con malas intenciones. Reconozco que el mío ha andado un poco
dislocado, pero la verdad es que se mueve de moto propio. Me han dicho que en Buenos Aires hay
un doctor japonés que arregla eso, pero mientras tanto no es posible sofocar mi naturaleza. O sea
30 que el muchacho se impresionó. Primero se le iban los ojos, después me atropellaba en el corredor
del fondo. De modo que por obediencia a la Señora, y también, no voy a negarlo, pormigo misma, lo
tuve que frenar unas diecisiete veces, pero cuidándome de no parecer demasiado asquerosa. Yo me
entiendo. En cuanto al trabajo, la gran siete. "Hay otra muchacha", había dicho la Vieja. Es decir,
había. A mediados de mes ya estaba solita para todo rubro. "Yo y mi hija ayudamos", había

35 agregado. A ensuciar los platos, cómo no. A quién va a ayudar la Vieja, vamos, con esa bruta panza
de tres papadas y esa metida con los episodios. Que a mí me gustase Isolina o la Burgueño, vaya y
pase y ni así, pero que a ella, que se las tira de avispada y lee Selecciones y Life en español, no me
lo explico ni me lo explicaré. A quién va a ayudar la niña Estercita, que se pasa reventándose los
granos, jugando al tenis en Carrasco y desparramando fichas en el Parque Hotel. Yo salgo a mi padre

40 en las corazonadas, de modo que cuando el tres de junio (fue San Coño bendito) cayó en mis manos
esa foto en que Estercita se está bañando en cueros con el menor de los Gómez en no sé qué arroyo
ni a mí qué me importa, enseguida la guardé porque nunca se sabe. ¡A quién van a ayudar! Todo el
trabajo para mí y aguántate piola. ¿Qué tiene entonces de raro que cuando Tito (el joven Tito, bah) se
puso de ojos vidriosos y cada día más ligero de manos, y le haya aplicado el sosegate y que

45 habláramos claro? Le dije con todas las letras que yo con esas no iba, que el único tesoro que
tenemos los pobres es la honradez y basta. El se rió muy canchero y había empezado a decirme: "Ya
verás, putita", cuando apareció la señora y nos miró como a cadáveres. El idiota bajó los ojos y mutis
por el forro. La Vieja puso entonces cara de al fin solos y me encajó bruta trompada en la oreja, en
tanto que me trataba de comunista y de ramera. Y le dije: "Usted a mí no me pega, ¿sabe?" y ahí

50 nomás demostró lo contrario. Peor para ella. Fues ese segundo golpe el que cambió mi vida. Me callé
la boca pero se la guardé. A la noche le dije que a fin de mes me iba. Estábamos a veintitrés y yo
precisaba como el pan esos siete días. Sabía que don Celso tenía guardado un papel gris en el cajón
del medio de su escritorio. Yo lo había leído, porque nunca se sabe. El veintiocho, a las dos de la
tarde, sólo quedamos en la casa la niña Estercita y yo. Ella se fue a sestar y yo a buscar el papel

55 gris. Era una carta de un tal Urquiza en la que le decía a mi patrón frases como ésta: "Xx xxx x xx
xxxx xxx xx xxxxx".

La guardé en el mismo sobre que la foto y el treinta me fui a una pensión decente y barata de la



calle Washington. A nadie le di mis señas, pero a un amigo de Tito no pude negárselas. La espera duró tres días. Tito apareció una noche y yo le recibí delante de doña Cata, que desde hace unos años dirige la pensión. El se disculpó, trajo bombones y pidió autorización para volver. No se la di. En lo que estuve bien porque desde entonces no faltó una noche. Fuimos a menudo al cine y hasta me quiso arrastrar al Parque, pero yo le apliqué el tratamiento del pudor. Una tarde quiso averiguar directamente qué era lo que yo pretendía. Allí tuve una corazonada: “No pretendo nada, porque lo que yo querría no puedo pretenderlo”.

Como esta era la primera cosa amable que oía de mis labios se conmovió bastante, lo suficiente para meter la pata: “¿Por qué?”, dijo a gritos, “si ese es el motivo, te prometo que...” Entonces como si él hubiera dicho lo que no dijo le pregunté: “vos sí... pero, ¿y tu familia?” “Mi familia soy yo”, dijo el pobrecito.

Después de esa compadrada siguió viniendo y con él llegaban flores, caramelos, revistas. Pero yo no cambié. Y él lo sabía. Una tarde entró tan pálido que hasta doña Cata hizo un comentario. No era para menos. Se lo había dicho al padre. Don Celso había contestado: “Lo que faltaba”. Pero después se ablandó. Un tipo pierna. Estercita se rió como dos años, pero a mí qué me importa. En cambio la Vieja se puso verde. A Tito lo trató de idiota, a don Celso de cero a la izquierda, a Estercita de inmoral y tarada. Después dijo que nunca, nunca, nunca. Estuvo como tres horas diciendo nunca. “Está como loca”, dijo el Tito, “no sé qué hacer”. Pero yo sí sabía. Los sábados la Vieja está siempre sola, porque don Celso se va a Punta del Este. Estercita juega al tenis y Tito sale con su barrita de La Vascongada. O sea que a las siete me fui a un monedero y llamé al nueve siete cero tres ocho.

“Hola”, dijo ella. La misma voz gangosa, impresionante. Estaría con su salto de cama verde, la cara embadurnada, la toalla como turbante en la cabeza. “Habla Celia”, y antes de que colgara: “No corte señora, le interesa”. Del otro lado no dijeron ni mu. Pero escuchaban. Entonces le pregunté si estaba enterada de una carta de papel gris que don Celso guardaba en su escritorio. Silencio. “Bueno, la tengo yo”. Después le pregunté si conocía una foto en que la niña Estercita aparecía bañándose con el menor de los Gómez Taibo. Un minuto de silencio. “Bueno, también la tengo yo”. Esperé por las dudas pero nada. Entonces dije: “piénselo señora” y corté, fui yo la que corté, no ella. Se habrá quedado mascando su bronca con la cara embadurnada y la toalla en la cabeza. Bien hecho. A la semana llegó el Tito radiante y desde la puerta gritó: “¡La vieja afloja! ¡La vieja afloja!” Claro que afloja. Estuve por dar los hurras, pero con la emoción dejé que me besara. “No se opone pero exige que no vengas a casa”. ¿Exige? ¡Las cosas que hay que oír! Bueno, el veinticinco nos casamos (hoy hace dos meses), sin cura pero con juez, en la mayor intimidad. Don Celso aportó un chequecito de mil y Estercita me mandó un telegrama que —está mal que lo diga— me hizo pensar a fondo: “No creas que salís ganando. Abrazos, Ester”.

En realidad, todo esto me vino a la memoria, porque ayer me encontré en la tienda con la Vieja. Estuvimos codo con codo, revolviendo saldos. De pronto me miró de refilón desde abajo del velo. Y me hice cargo. Tenía dos caminos: o ignorarme o ponerme en vereda.

Creo que prefirió el segundo y para humillarme me trató de usted: “¿Qué tal, cómo le va?” Entonces tuve una corazonada y agarrándome fuerte del paraguas de nailon, le contesté tranquila: “Yo bien, ¿y usted, mamá?”

Montevideanos, 1959

http://www.cervantesvirtual.com/bib_autor/mbenedetti/autor.shtml



Nº 5 Productos podridos

Javier Marías

Madrid, 1951

5 Algunas editoriales tienen la amabilidad de enviarme sus libros, y últimamente, por comodidad me he leído (es un decir) unas cuantas traducciones recientes, hechas a partir de lenguas que conozco. Al cabo de pocas páginas, la amabilidad se ha convertido en sadismo y la supuesta comodidad en un montón de molestias, que me han impelido a tomarme mis crecientes estupefacción y alarma. He ido a los textos originales si los tenía en casa, o si no los he pedido al extranjero (Inglaterra, Francia, Italia), y en los momentos de mayor incompreensión o incredulidad, he cotejado. Y como tengo un par de amigas que trabajan como correctoras para diversas editoriales, y ambas me confirman que lo mío no ha sido mala suerte, sino que los disparates translaticios son hoy la norma y una verdadera plaga (ellas se desloman con las obras que pasan por sus manos, pero no pueden matarse), creo justo advertir a los lectores para que desconfíen y exijan, porque a tenor de lo visto, y salvo las seguras excepciones de rigor, no saben lo que leen y el mundo editorial les da casi siempre gato por liebre. O ni siquiera eso, sino mosquito por liebre. O, cómo decir, taburete por liebre.

15 En primer lugar, está la epidemia del castellano "tanteado" o "deducido", invariablemente desvariado. Me he encontrado con frases como "iba tocado con un frac" (o sea que lo llevaba en la cabeza), "gente escuchirrimiciada", "algo punchiagudo", "le tocó la cara produciéndole una dolorosa bofetada", "le propinó una herida", "la luna profería una luz pálida", "reflejó las palabras oídas" (en vez de "reflexionó sobre ..."), "le agasajó un regalo", y así hasta el más inverosímil de los infinitos. Luego van las "interpretaciones" chifladas, y "en el lugar de honor" queda convertido en "por la plaza de honores" (?), valga un solo ejemplo pero los hay a millares. Y ya, por último, masivamente, los errores de traducción brutales. Aquí van algunos: un joven pregunta a sus hermanas si la habitación de ellas le toleraría una de sus apestosas pipas, porque en caso afirmativo va a encenderla, y en la traducción eso se convierte en esto: "¿Hay alguna asquerosa conducción de gas en vuestro cuarto? Porque la encenderé si no lo está" (?). La frase "En su vida se había sentido tan tonto como con el padre de su amigo" pasa a ser "Nunca en toda su vida se había encontrado con un mentecato como el padre de su amigo". O bien, dice una joven cuya madre le busca marido: "Casi se nos han agotado los solteros de los alrededores", y eso se traduce como: "Los solteros de la vecindad estamos casi exhaustos". "Muéstrate un poco más enamorada", el traductor lo entiende como "Busca algo más parecido a un amante". Y "Habría detestado que la gente lo supiera" pasa a ser, en las febriles mentes translaticias de hoy, "Tenía que haber conocido a tanta gente odiosa". Hasta las cosas más simples se les enredan, y así "¿Quieres un trago?" es plasmado en español como "¿Estás en un apuro?" Las hay que traducen "miércoles" por "viernes", "treinta" por "cincuenta" y "la una y media" por "las dos y media", o "¿Es eso justo con ella?" por "¿No tenía ella derecho?"; y hasta la "manta" que el yerno le echa a la suegra para que no coja frío en el jardín, les parece lógico que sea "una alfombra", que probablemente habría aplastado a la señora. Esas mentes dementes se molestan de vez en cuando en poner notas a pie de página, y explican, ufanas, que a una madre a la que sus hijos llaman Pussy



(en los veinte, y de clase alta), en realidad la están llamando "minino, chochete".

Muchas traducciones de hoy son así continuamente, hechas por novatos o por veteranos. Dicen lo contrario de lo que dice el original, o inventan, o suprimen enteros párrafos arduos. Ignoran que
5 "Noah" y "Bethlehem" son, en inglés, "Noé" y "Belén", y los dejan sin traducir, o que "Geneva" es
"Ginebra" y "Cortez" "Cortés" (Hernán, el mismo). Siempre ha habido traductores infames, pero lo de
ahora es lo nunca visto, sobre todo porque, además, a la mayoría de los editores les trae sin cuidado
qué bazofia sacan bajo su sello. Encargan el trabajo a ineptos o a jetas (dobles, en ambas lenguas), y
luego no lo revisan ni corrigen. El del libro parece el único mercado que ofrece de continuo productos
10 podridos o defectuosos sin que nadie reclame ni se dé cuenta. He leído una novela de intriga y de
mucho éxito que aquí ha publicado una editorial "de prestigio". Pues bien, los lectores españoles la
han devorado sin poder entender casi nada -lo aseguro- de dicha intriga. ¿Cómo se explica? Luego
decimos que la gente habla tan mal porque no lee, pero es que a este paso serán quienes lean los
que peor hablen (la cosa estará reñida). Así, no es de extrañar que los locutores de informativos
15 digan día tras día que alguien vivió algo "en primera persona". Me gustaría saber cómo podría nadie
vivir nada (otro asunto es contar) en segunda o en tercera. Pero aquí, por lo visto, casi nadie sabe ya
lo que se dice, ni lo que se escribe.

El País Semanal, 13 de marzo de 2005



N° 6 Pensionista

Enrique Arenz
Mar del Plata (Argentina) 1942

5 Siempre sentí repulsión por las arañas. Pero aquélla que descubrí en un ángulo del techo de mi oficina me pareció tan inofensiva y solitaria que de entrada se ganó mi simpatía. Era una segador, de ésas que tienen el cuerpo como una bolita y sus patas finas y larguísimas.

—Hola, Aurora— la saludé inventándole un nombre.

10 A las de esa especie nunca les tuve aprehensión. De chicos nos divertíamos arrancándoles las patas hasta que quedaba la bolita sola. Luego la arrojábamos a un hormiguero para que una furiosa marea colorada hirviera sobre la inmóvil invasora.

15 Mi oficina era de apenas tres por tres y tenía una única ventanita que daba a un sombrío pozo de aire luz, por lo cual yo la mantenía con los postigos permanentemente cerrados. Aurora se había instalado a oscuras, como una pensionista noctívaga. Había hecho una pequeña telaraña en un rincón del techo y esperaba inmóvil —e inútilmente, pensé yo, ya que allí no entran moscas ni otros insectos voladores— que cayera alguna presa.

20 —Elegiste un mal lugar, Aurora— le dije, tal como siempre le hablo a todos los animales— me parece que aquí te vas a morir de hambre.
Me puse a trabajar. A las dos horas apagué las luces y me fui. Al día siguiente, al entrar la vuelvo a ver: estaba en el mismo lugar.

25 —Buenos días, Aurora, ¿todavía estás ahí?
Aurora no se movió ni dio señal de prestarme atención. Me reí de mí mismo. Está bien hablarle a los perros y a los gatos, incluso a los pájaros. Pero a las arañas...

30 Ese día trabajé hasta tarde. Preparé unos apuntes para mis clases de literatura y corregí unas pruebas escritas de mis alumnos. Era viernes, así que no volvería a la oficina por lo menos hasta el martes. Al terminar me despedí de Aurora y le dije: “Supongo que el martes no estarás en el mismo rincón, te vas a aburrir si seguís ahí durante tantos días sin atrapar un miserable mosquito”.

35 El martes yo ya me había olvidado por completo de mi pensionista. Entré en la oficina y me senté frente a la computadora sin mirar hacia el techo. Había comenzado a trabajar cuando percibí no diré que un sonido, pero sí una extraña vibración casi inaudible, agudísima, que provenía del cielorraso. Alcé la vista y allí estaba Aurora, en el mismo sitio pero en una posición distinta. No creí en ese momento que el extraño sonido lo hubiese producido ella, pero me pareció que estaba mirándome, como si quisiera saludarme. “¡Aurora, me había olvidado de vos! ¿Todavía estás ahí? ¿Pudiste cazar algo? No lo creo”. Ella seguía atenta a mis palabras y cuando me puse a escribir percibí que sus ojitos me observaban fijamente. Ese día tuve ganas de conversar con Aurora y mientras escribía le fui contando la trama del cuento de Cortázar que analizaba. Cuando no me gustaba una frase, se la leía, y Aurora, atenta, parecía coincidir conmigo en que la idea se podía expresar de una manera más ajustada y concisa.

45 Al cabo de un par de horas de trabajo y amable conversación, recordé que la pobre Aurora estaba sin probar bocado desde hacía seis días. Se debilitaría y no tardaría en morir por inanición. ¿Qué hacer? Se me ocurrió una idea y se la comuniqué en el acto:

50 —Mirá, Aurora, ahí no vas a cazar ni medio. ¿Por qué no vas a esa biblioteca?— le señalé una estantería repleta de libros de la antigua colección Austral, y le expliqué—: Entre las páginas de los libros viejos pululan millones de pequeños ácaros que devoran el papel, pulgas y otros insectos muy pequeños que podrías comer hasta hartarte. ¿Qué te parece la idea? Bueno, pensalo; hasta mañana.

55 Al día siguiente mi pensionista ya no estaba en su rincón. No la volví a ver ni pensé en ella hasta que un día, buscando un libro de Valle Inclán para extraer un ejemplo de humor ácido, me la encuentro a Aurora muy patuda y contenta caminando sobre los libros del quinto estante. Se detuvo y me miró con aire de agradecida. Mi consejo le había resultado útil: se la veía más robusta, con sus patitas más sólidas y firmes, y hasta el color amarronado de su cuerpo bolita lucía más brillante y terso. Se notaba que estaba comiendo bien.

60



5 Ese día, Aurora permaneció inmóvil viéndome trabajar desde el cómodo y elevado lomo del Tríptico de Ortega y Gasset. Le hablé, como otras veces, y ella me escuchó con evidente interés. Me sentía cómodo intercambiando ideas con aquella criatura. Yo, que tenía tantas dificultades para dialogar con otras personas, podía hacerlo con un simple artrópodo de esa manera tan natural y placentera.

10 Me acostumbré tanto a su compañía que apenas yo llegaba por las tardes, y aún sin saber por dónde andaba ella, la saludaba y enseguida me ponía a conversar. A veces pasaban días sin que se me apareciera. Yo aprovechaba esas ausencias para concentrarme en el trabajo, porque tanta charla me distraía más de lo aconsejable. Ultimamente nos apartábamos de la literatura y hablábamos de temas personales. Entonces yo me olvidaba de preparar mis clases.

15 Pero ella siempre estaba entre los libros, y cada tanto me la encontraba en El jugador de Dostoievski, en algún Pio Baroja o recorriendo los bordes de la solapa de La máquina de asesinar de Gastón Leroux. Durante cierto tiempo me alegraron sus espaciadas apariciones. No bien me veía se acomodaba sobre algún lomo y ya no se movía en clara e inequívoca señal de atención para que yo le hablara.

20 Pero todo empezó a cambiar cuando noté que ella aumentaba de tamaño semana a semana. Al principio me dije que ese fenómeno era lógico porque se estaba alimentando con toda la variada fauna libresca que albergaban los ochocientos volúmenes de la vetusta colección. Hasta que comencé a inquietarme seriamente. ¡Había triplicado su volumen en poco más de un mes! Pero lo que más me impresionaba era que producía con mayor frecuencia ese sonido parecido a un zumbido que le había oído un par de veces antes. Yo había atribuido ese singular ruido a alguna cañería de agua o a descargas de corriente estática. Pero un día estaba yo trepado en una silla buscando La Política de Aristóteles cuando Aurora, sorprendentemente, me lanza su chillido a pocos centímetros de mi oído. Del susto casi me caigo. Ahí estaba la desgraciada, más grande y fuerte que nunca, incitándome a charlar, porque eso era lo que quería.

30 —Aurora —la reprendí—, eso no se hace, no está bien asustarme. Además... has crecido tanto, que, no sé..., no quiero ofenderte pero...

35 Se quedó mirándome con tristeza. Se notaba que no había querido asustarme. Más bien fue como un cariñoso saludo, una exclamación de alegría, como si me dijera: ¡Hola, amigo, qué gusto de verte, hablemos, hablemos! Pobre Aurora, como yo había aludido a su tamaño quiso ahorrarme una visión desagradable y se deslizó hacia la parte trasera de la hilera de libros. Desde allí asomó tan solo una parte de su cabeza con sus pinzas y apenas la punta de sus dos patas delanteras, como para que pudiéramos hablar sin que yo la viera en toda su repulsiva corpulencia.

40 Esa tarde me dispuse a contarle a Aurora todas las amarguras que tenía en mi corazón. Le hablé de mis fracasos, de mis inseguridades y de mis miedos profundos. Hasta tuve el valor de confiarle el más oscuro y recóndito de mis secretos. Me sentí tan aliviado que pude regresar a casa sin mi habitual dolor de cabeza.

45 Me tomé un par de whiskys y me atreví a telefonar a una vieja amiga, ex alumna, con la idea de invitarla a salir. Por supuesto, me dijo que estaba loco, que cómo la llamaba después de todo lo que había ocurrido entre nosotros. Lo intenté con otra, pero me colgó tan pronto oyó mi nombre.

50 En los días siguientes Aurora ya no volvió a mostrarse ante mí. Me hacía notar su presencia, eso sí, emitiendo su habitual gañido ya muy audible y de registro cada vez más grave. También podía descubrir dónde se ocultaba porque movía intencionalmente los libros de la estantería. Yo ya casi no trabajaba. Iba a la oficina solamente para hablar con Aurora y contarle mi vida. Hablaba horas y horas, y ella, paciente e incansable, me escuchaba todo el tiempo, aunque últimamente solía interrumpirme —actitud que había comenzado a molestarme— con sus chocantes y ya frecuentes chillidos.

55 Una tarde, al llegar yo como de costumbre, tuve un sobresalto. Aurora, desde su escondite, emitió su rutinario saludo, pero esta vez el sonido se pareció al de una potente y ronca chicharra. Pensé que quien lanzara semejante berrido debía de tener pulmones muy desarrollados y por consiguiente un tamaño descomunal. Ese día pude oír hasta su respiración isócrona y lenta detrás de los libros.

60 Comencé a sentir temor y una vaga angustia.



Pero me quedé y le hablé como lo venía haciendo cotidianamente. Le conté lo que hasta ese momento le había ocultado: las crueldades que había cometido de niño con las arañas como ella. Cuando le dije que las arrojaba sin patas a las hormigas coloradas, se produjo un súbito silencio. Cesó su respiración y dejaron de moverse los libros. Le pedí perdón y le aseguré que esos actos me
5 habían provocado pesadillas horribles, que muchas noches soñaba con arañas gigantes que me inmovilizaban con sus telas y me arrojaban a un estanque infectado de pirañas. Me despertaba aterrorizado, aullando de dolor y con la certeza de estar bañado en sangre hasta que descubría que se trataba de sudor. Traté de explicarle que esas maldades infantiles no eran tan importantes, y que
10 ahora, de grande, amaba a los animales, pero que había causado mucho sufrimiento a otras personas, que había sido destructivo con seres humanos que confiaron en mí y a quienes defraudé y hasta traicioné miserablemente.
Ella siguió inmóvil y en silencio. Yo, temeroso, me fui esa noche sin despedirme. Durante los días siguientes anduve borracho y enfermo. Por una semana no me atreví a volver a la oficina. Cuando finalmente me decidí a hacerlo, en el momento en que introducía la llave en la cerradura oí a través
15 de la puerta un crujido tan sonoro y profundo que me hizo sudar adrenalina. Parecía el gruñido de advertencia de un animal salvaje. Llegué a la conclusión de que Aurora había crecido desmesuradamente y que ya no podría alimentarse de insectos, tal vez necesitaría devorarse a... ¡una persona!
No entré. Fui hasta un locutorio telefónico, busqué en la guía una empresa exterminadora de plagas y solicité un urgente servicio. Vinieron dos hombres con un poderoso equipo fumigador. Me
20 preguntaron que tipo de plaga había que combatir. Les dije: "Ahí dentro hay una araña gigantesca, probablemente muy peligrosa".
Tomaron sus precauciones. Entreabrieron la puerta unos pocos centímetros, introdujeron una gruesa manguera y cubrieron con abundante estopa lo que quedaba libre entre la hoja y el marco. Acto
25 seguido pusieron a funcionar un motor y un potente gas aniquilador penetró en la oficina. Cerraron la puerta y dejaron transcurrir una media hora. Al cabo de ese tiempo se pusieron unas máscaras y entraron. Abrieron la puerta y la ventanita para que la oficina se ventilara. Luego, a mi pedido, comenzaron a sacar los muebles, carpetas y libros al pasillo a fin de localizar el cuerpo de la araña. Yo me quedé afuera hasta que la oficina quedó desmantelada. Finalmente los dos hombres salieron y
30 me informaron que no habían encontrado nada anormal, tan sólo una pequeña arañita muerta de esas que tienen patas largas y finas.

Hice entrar todo nuevamente y cerré la puerta con llave. Nunca volví a esa oficina. Tampoco he podido permanecer en mi casa ni en mi ciudad ni en lugar fijo alguno. El extraño suceso cambió mi
35 vida. Ahora hablo con las personas normalmente, y hasta tolero que ellas también quieran hacerlo, y me interrumpen para contradecirme y a veces hasta para contarme sus propios problemas. Eso sí, cuando alguna crece descontroladamente y se pone peligrosa, me ocupo rápidamente de eliminarla.
<http://www.enriquearenz.com.ar/pensionista.html>



N° 7 El indigno

Jorge Luis Borges

Buenos Aires, 1899- Ginebra, 1986

5 La imagen que tenemos de la ciudad siempre es algo anacrónica. El café ha degenerado en bar; el
zaguán que nos dejaba entrever los patios y la parra es ahora un borroso corredor con un ascensor
en el fondo. Así, yo creí durante años que a determinada altura de Talcahuano me esperaba la
Librería Buenos Aires; una mañana comprobé que la había reemplazado una casa de antigüedades y
me dijeron que don Santiago Fischbein, el dueño, había fallecido. Era más bien obeso; recuerdo
10 menos sus facciones que nuestros largos diálogos. Firme y tranquilo, solía condenar el sionismo, que
haría del judío un hombre común, atado, como todos los otros, a una sola tradición y un solo país, sin
las complejidades y discordias que ahora lo enriquecen. Estaba compilando, me dijo, una copiosa
antología de la obra de Baruch Spinoza, aligerada de todo ese aparato euclidiano que traba la lectura
y que da a la fantástica teoría un rigor ilusorio. Me mostró, y no quiso venderme, un curioso ejemplar
15 de la *Kabbala denudata* de Rosenroth, pero en mi biblioteca hay algunos libros de Ginsburg y de
Waite que llevan su sello.
Una tarde en que los dos estábamos solos me confió un episodio de su vida, que hoy puedo referir.
Cambiaré, como es de prever, algún pormenor.
—Voy a revelarles una cosa que no he contado a nadie. Ana, mi mujer, no lo sabe, ni siquiera mis
20 amigos más íntimos. Hace ya tantos años que ocurrió que ahora la siento como ajena. A lo mejor le
sirve para un cuento, que usted, sin duda, surtirá de puñales. No sé si ya le he dicho alguna otra vez
que soy entrerriano. No diré que éramos gauchos judíos; gauchos judíos no hubo nunca. Éramos
comerciantes y chacareros. Nací en Urdinarrain, de la que apenas guardo memoria; cuando mis
padres se vinieron a Buenos Aires, para abrir una tienda, yo era muy chico. A unas cuadras quedaba
25 el Maldonado y después los baldíos.
Carlyle ha escrito que los hombres precisan héroes. La historia de Grosso me propuso el culto de San
Martín, pero en él no hallé más que un militar que había guerreado en Chile y que ahora era una
estatua de bronce y el nombre de una plaza. El azar me dio un héroe muy distinto, para desgracia de
los dos: Francisco Ferrari. Ésta debe ser la primera vez que lo oye nombrar.
El barrio no era bravo como lo fueron, según dicen, los Corrales y el Bajo, pero no había almacén que
30 no contara con su barra de compadritos. Ferrari paraba en el almacén de Triunvirato y Thames. Fue
ahí donde ocurrió el incidente que me llevó a ser uno de sus adictos. Yo había ido a comprar un
cuarto de yerba. Un forastero de melena y bigote se presentó y pidió una ginebra. Ferrari le dijo con
suavidad:
—Dígame ¿no nos vimos anteanoche en el baile de la Juliana? ¿De dónde viene?
35 —De San Cristóbal —dijo el otro.
—Mi consejo —insinuó Ferrari— es que no vuelva por aquí. Hay gente sin respeto que es capaz de
hacerle pasar un mal rato.
El de San Cristóbal se fue, con bigote y todo. Tal vez no fuera menos hombre que el otro, pero sabía
que ahí estaba la barra.
40 Desde esa tarde Francisco Ferrari fue el héroe que mis quince años anhelaban. Era morocho, más
bien alto, de buena planta, buen mozo a la manera de la época. Siempre andaba de negro.
Un segundo episodio nos acercó. Yo estaba con mi madre y mi tía; nos cruzamos con unos
muchachones y uno le dijo fuerte a los otros:
—Déjenlas pasar. Carne vieja.
45 Yo no supe qué hacer. En eso intervino Ferrari, que salía de su casa. Se encaró con el provocador y
le dijo:
—Si andás con ganas de meterte con alguien ¿por qué no te metés conmigo más bien?
Los fue filiando, uno por uno, despacio, y nadie contestó una palabra. Lo conocían.
Se encogió de hombros, nos saludó y se fue. Antes de alejarse, me dijo:
50 —Si no tenés nada que hacer, pasá luego por el boliche.
Me quedé anonadado. Sarah, mi tía, sentenció:
—Un caballero que hace respetar a las damas.
Mi madre, para sacarme del apuro, observó:
—Yo diría más bien un compadre que no quiere que haya otros.
55 No sé cómo explicarle las cosas. Yo me he labrado ahora una posición, tengo esta librería que me
gusta y cuyos libros leo, gozo de amistades como la nuestra, tengo mi mujer y mis hijos, me he
afiliado al Partido Socialista, soy un buen argentino y un buen judío. Soy un hombre considerado.
Ahora usted me ve casi calvo; entonces yo era un pobre muchacho ruso, de pelo colorado, en un
barrio de las orillas. La gente me miraba por encima del hombro. Como todos los jóvenes, yo trataba



de ser como los demás. Me había puesto Santiago para escamotear el Jacobo, pero quedaba el Fischbein. Todos nos parecemos a la imagen que tienen de nosotros. Yo sentía el desprecio de la gente y yo me despreciaba también. En aquel tiempo, y sobre todo en aquel medio, era importante ser valiente; yo me sabía cobarde. Las mujeres me intimidaban; yo sentía la íntima vergüenza de mi castidad temerosa. No tenía amigos de mi edad.

5 No fui al almacén esa noche. Ojalá nunca lo hubiera hecho. Acabé por sentir que en la invitación había una orden; un sábado, después de comer, entré en el local.

Ferrari presidía una de las mesas. A los otros yo los conocía de vista; serían unos siete. Ferrari era el mayor, salvo un hombre viejo, de pocas y cansadas palabras, cuyo nombre es el único que no se me ha borrado de la memoria: don Eliseo Amaro. Un tajo le cruzaba la cara, que era muy ancha y floja.

10 Me dijeron, después, que había sufrido una condena.

Ferrari me sentó a su izquierda; a don Eliseo lo hicieron mudar de lugar. Yo no las tenía todas conmigo. Temía que Ferrari aludiera al ingrato incidente de días pasados. Nada de eso ocurrió; hablaron de mujeres, de naipes, de comicios, de un payador que estaba por llegar y que no llegó, de las cosas del barrio. Al principio les costaba aceptarme; luego lo hicieron, porque tal era la voluntad de Ferrari. Pese a los apellidos, en su mayoría italianos, cada cual se sentía (y lo sentían) criollo y aun gaucho. Alguno era cuarteador o carrero o acaso matarife; el trato con los animales los acercaría a la gente de campo. Sospecho que su mayor anhelo hubiera sido ser Juan Moreira. Acabaron por decirme el Rusito, pero en el apodo no había desprecio. De ellos aprendí a fumar y otras cosas.

20 En una casa de la calle Junín alguien me preguntó si yo no era amigo de Francisco Ferrari. Le contesté que no; sentí que haberle contestado que sí hubiera sido una jactancia.

Una noche la policía entró y nos palpó. Alguno tuvo que ir a la comisaría; con Ferrari no se metieron. A los quince días la escena se repitió; esta segunda vez arrearon con Ferrari también, que tenía una daga en el cinto. Acaso había perdido el favor del caudillo de la parroquia.

25 Ahora veo en Ferrari a un pobre muchacho, iluso y traicionado; para mí, entonces, era un dios.

La amistad no es menos misteriosa que el amor o que cualquiera de las otras facetas de esta confusión que es la vida. He sospechado alguna vez que la única cosa sin misterio es la felicidad, porque se justifica por sí sola. El hecho es que Francisco Ferrari, el osado, el fuerte, sintió amistad por mí, el despreciable. Yo sentí que se había equivocado y que yo no era digno de esa amistad. Traté de rehuirlo y no me lo permitió. Esta zozobra se agravó por la desaprobación de mi madre, que no se resignaba a mi trato con lo que ella nombraba la morralla y que yo remedaba. Lo esencial de la historia que le refiero es mi relación con Ferrari, no los sórdidos hechos, de los que ahora no me arrepiento. Mientras dura el arrepentimiento dura la culpa.

30 El viejo, que había retomado su lugar al lado de Ferrari, secreteaba con él. Algo estarían tramando.

Desde la otra punta de la mesa, creí percibir el nombre de Weidemann, cuya tejeduría quedaba por los confines del barrio. Al poco tiempo me encargaron, sin más explicaciones, que rondara la fábrica y me fijara bien en las puertas. Ya estaba por atardecer cuando crucé el arroyo y las vías. Me acuerdo de unas casas desparramadas, de un sauzal y unos huecos. La fábrica era nueva, pero de aire solitario y derruido; su color rojo, en la memoria, se confunde ahora con el poniente. La cercaba una verja. Además de la entrada principal, había dos puertas en el fondo que miraban al sur y que daban directamente a las piezas.

40 Confieso que tardé en comprender lo que usted ya habrá comprendido. Hice mi informe, que otro de los muchachos corroboró. La hermana trabajaba en la fábrica. Que la barra faltara al almacén un sábado a la noche hubiera sido recordado por todos; Ferrari decidió que el asalto se haría el otro viernes. A mí me tocaría hacer de campana. Era mejor que, mientras tanto, nadie nos viera juntos. Ya solos en la calle los dos, le pregunté a Ferrari:

—¿Usted me tiene fe?

—Sí —me contestó—. Sé que te portarás como un hombre.

50 Dormí bien esa noche y las otras. El miércoles le dije a mi madre que iba a ver en el centro una vista nueva de cowboys. Me puse lo mejor que tenía y me fui a la calle Moreno. El viaje en el Lacroze fue largo. En el Departamento de Policía me hicieron esperar, pero al fin uno de los empleados, un tal Eald o Alt, me recibió. Le dije que venía a tratar con él un asunto confidencial. Me respondió que hablara sin miedo. Le revelé lo que Ferrari andaba tramando. No dejó de admirarme que ese nombre le fuera desconocido; otra cosa fue cuando le hablé de don Eliseo.

55 —¡Ah! —me dijo—. Ese fue de la barra del Oriental.

Hizo llamar a otro oficial, que era de mi sección, y los dos conversaron. Uno me preguntó, no sin sorna:

—¿Vos venís con esta denuncia porque te crees un buen ciudadano?

Sentí que no me entendería y le contesté:

60 —Sí, señor. Soy un buen argentino.



Me dijeron que cumpliera con la misión que me había encargado mi jefe, pero que no silbara cuando viera venir a los agentes. Al despedirme, uno de los dos me advirtió:

—Andá con cuidado. Vos sabés lo que les espera a los batintines.

Los funcionarios de policía gozan con el lunfardo, como los chicos de cuarto grado. Le respondí:

5 —Ojalá me maten. Es lo mejor que puede pasarme.

Desde la madrugada del viernes, sentí el alivio de estar en el día definitivo y el remordimiento de no sentir remordimiento alguno. Las horas se me hicieron muy largas. Apenas probé la comida. A las diez de la noche fuimos juntándonos a una cuadra escasa de la tejeduría. Uno de los nuestros falló;

10 don Eliseo dijo que nunca falta un flojo. Pensé que luego le echarían la culpa de todo. Estaba por llover. Yo temí que alguien se quedara conmigo, pero me dejaron solo en una de las puertas del fondo. Al rato aparecieron los vigilantes y un oficial. Vinieron caminando; para no llamar la atención habían dejado los caballos en un terreno. Ferrari había forzado la puerta y pudieron entrar sin hacer ruido. Me aturdieron cuatro descargas. Yo pensé que adentro, en la oscuridad, estaban matándose.

15 En eso vi salir a la policía con los muchachos esposados. Después salieron dos agentes, con Francisco Ferrari y don Eliseo Amaro a la rastra. Los habían ardidado a balazos. En el sumario se declaró que habían resistido la orden de arresto y que fueron los primeros en hacer fuego. Yo sabía que era mentira, porque no los vi nunca con revólver. La policía aprovechó la ocasión para cobrarse una vieja deuda. Días después, me dijeron que Ferrari trató de huir, pero que un balazo bastó. Los diarios, por supuesto, lo convirtieron en el héroe que acaso nunca fue y que yo había soñado.

20 A mí me arrearon con los otros y al poco tiempo me soltaron.

Del libro *El informe de Brodie* (1970)

Jorge Luis Borges, Obras completas, pág.1029 y sigs. Emecé Ediciones, Buenos Aires, 1974

25



Nº 8 El español y el paisaje

Julio Llamazares
España, 1955

5 Durante siglos -escribe Álvaro Martínez-Novillo-, los españoles permanecemos ajenos al paisaje, avergonzados seguramente por la pobreza y la sequedad de los nuestros, comparados sobre todo con los del centro y norte de Europa. Se identificaba entonces, y aún se sigue haciendo hoy, lo verde con lo bello.

Los paisajes, espejos en los que nos reflejamos todos, condicionan nuestro carácter y sensibilidad. Son tan valiosos para nuestra felicidad como la sanidad o la educación.

10 Así que fueron los extranjeros, en especial los viajeros románticos de los siglos XVIII y XIX que recorrieron nuestro país, los que nos descubrieron a los españoles, en opinión de Martínez-Novillo y de otros estudiosos de la historia del arte en nuestro país, el pintoresquismo de unos paisajes que, inéditos para ellos, consideraban de gran belleza, tanto más acentuada cuanto más alejada estaba de la de los de sus países de procedencia. La construcción del ferrocarril, que se generalizó en Europa a finales del siglo XIX, propició, por otra parte, que los españoles pudieran ver el paisaje de un modo

15 estético, una mirada casi imposible hasta entonces por las penalidades que comportaban los viajes en diligencia o a lomos de caballerías por caminos llenos de polvo e infestados de bandoleros. Fue así como nuestros escritores y pintores comenzaron a considerar aquél y a pintarlo y describirlo como lo que verdaderamente es: el gran espejo que nos refleja y que conforma nuestra sensibilidad.

20 Asturias para Clarín, Cantabria para Pereda, Valencia para Blasco Ibáñez o Galicia para Rosalía se convirtieron así en referentes, en espejos que reflejaban y determinaban el carácter de sus personajes y no en simples decorados de sus vidas, como había ocurrido durante siglos a excepción, quizá, de Cervantes.

El cambio radical de esa visión (la del paisaje como determinante) se produce, no obstante, con los

25 autores de la generación del 98. Ellos son los que, por primera vez, buscan la esencia de este país, como ya habían hecho años antes los viajeros románticos europeos, en los paisajes que los rodeaban. Unamuno la halló en Castilla, igual que el propio Azorín, y hasta alguno, como Ortega, quiso dotarle de universalidad: "Castilla -llegó a escribir-, sentida como irrealidad visual, es una de las cosas más bellas del universo".

30 Baroja, por su parte, mostró siempre una gran predilección por el que rodeaba a Madrid, corroborando así sin saberlo aquello que había dicho Unamuno de que no hay paisajes feos sino tristes, o lo que pensaba Ortega cuando consideraba un prejuicio no creer bellos más que los paisajes donde la verdura triunfa, y lo mismo le pasaba a Valle-Inclán, éste sin perder, es cierto, la memoria de las brumas y de los bosques y corredoiras de su Galicia natal.

35 Una mirada que encuentra correspondencia en escritores de otras regiones y en los pintores contemporáneos, como Regoyos, y que culminará en Machado, el verdadero descubridor del sentido literario del paisaje entre nosotros y el que le dio la importancia que ya tenía en otras culturas. Así que, siendo verdad que nuestra tradición paisajística no es muy antigua, sí es importante a partir de entonces a pesar de los desprecios que todavía sigue obteniendo por parte de alguna gente en

40 nuestro país.

El paisaje, que, como concepción estética, es una idea moderna (hasta el Renacimiento al paisaje se le consideraba un adorno más, el del telón de fondo del escenario en el que se desarrollaba la existencia humana), es visto por algunos todavía como algo insustancial e intrascendente, un elemento decorativo que sólo contemplamos y acogemos como tema algunos escritores y pintores sin

45 demasiada imaginación. Como si los impresionistas franceses del XIX o los novelistas nórdicos carecieran también de ella o como si los escritores viajeros españoles, con Cela a la cabeza, necesitaran de los paisajes para suplir su falta de fantasía.

Desde el romanticismo, la idea del paisaje, que hasta entonces sólo era un decorado, el tapiz que completaba las pinturas profanas y religiosas y el escenario teatral, cambió radicalmente,

50 convirtiéndose en un elemento más de éstos y no el menos importante ni el menor.

Los paisajes hasta entonces armónicos y felices sobre los que destacaban las figuras de Dios o de los hombres, que ocupaban el centro de las iconografías, se convirtieron en más presentes al tiempo que en más dudosos. Despojado de su fe, el hombre, que atravesó la historia apoyado en ella, pasó a entender de repente que ya no era el centro del mundo y que el paisaje era determinante tanto para

55 su vida como para su sensibilidad. Y, también, que la naturaleza, hasta entonces representada de un modo idílico, como correspondía a su carácter puramente ornamental, no era ya aquel lugar fabuloso en el que el hombre vivía feliz, sino el espejo que reflejaba sus ilusiones, sus sueños y sus temores. De ahí que las ruinas (reales o artificiales), los paisajes solitarios y vacíos, los cielos limpios o amenazantes, los océanos inmensos o los desiertos atravesados por una luz cegadora sustituyan

60 poco a poco en sus poemas y en sus cuadros a los amables paisajes clásicos en los que todo estaba



en su sitio, desde los hombres a los animales, confirmando de ese modo lo que la humanidad ya sabía desde su origen, pero que se había empeñado en negarse tras los muchos subterfugios religiosos o profanos inventados para ello: que el hombre es un elemento más del paisaje, por más que les duela a muchos.

5 Sorprende, por eso mismo, que, a dos siglos ya de ese descubrimiento y después de toda la producción filosófica, artística y literaria que se ha generado a partir de él, en España se siga viendo el paisaje con cierto distanciamiento, incluso con displicencia, tanto a nivel cultural como sociológico. Ciertamente que muchas personas lo consideran fundamental para su realización vital y que hay artistas que han hecho de él el motivo central de sus creaciones, pero, por lo general, al español el paisaje le resulta indiferente, cuando no directamente un obstáculo para sus pretensiones de desarrollo, que circunscribe normalmente a lo económico.

10 Sólo así puede explicarse la destrucción progresiva a la que lo somete, tanto con obras públicas como privadas, no siempre necesarias y a veces incomprensibles (y que contrasta con el respeto que el paisaje recibe en otros países), y sólo desde esa perspectiva puede entenderse el desprecio que el paisajismo, como concepción estética, merece generalmente por parte de una crítica ignorante que considera aquél algo secundario y de una sociedad para la que el paisaje es sólo lo que se ve por la ventanilla al pasar en coche.

15 Ahora que la crisis económica ha detenido de golpe la destrucción a la que nuestro país ha sometido durante décadas los diferentes paisajes de nuestra geografía, quizá sea la ocasión de replantearse el modo en el que los españoles contemplamos el mundo que nos rodea, tan alejado del de nuestros vecinos.

20 Basta mirar por televisión cualquier carrera ciclista, cualquier documental de divulgación o viajes (y no digamos ya viajar directamente, cosa que en estos momentos están haciendo muchos compatriotas) para darnos cuenta de hasta qué punto todavía hay una enorme diferencia entre los españoles y otros europeos en el cuidado de la naturaleza y del aspecto de nuestras ciudades, que también son paisaje aunque muchos arquitectos no parezcan comprenderlo.

25 Y, sobre todo, quizá sea la ocasión para que nuestros gobernantes también entiendan que los paisajes, esos espejos en los que nos reflejamos todos y que condicionan, por ello mismo, nuestro carácter, son tan valiosos para nuestra felicidad como la sanidad o la educación, aunque solamente sea porque influyen en nuestro ánimo tanto como las condiciones de vida.

30 Y es que ya lo dijo Josep Plà, el gran divulgador del paisaje ampurdanés, en el que nació y vivió: lo que diferencia al hombre del resto de los animales, aparte de la capacidad de pensar, es la de disfrutar del paisaje; es decir, de mirar el paisaje con mirada inteligente.

35 *El País*, pág 25, 16/10/2009



N° 9 Mi primera lectura del "Quijote"

Eduardo Mendoza
Barcelona, 1943

5 Por puro azar, porque aquel curso, excepcionalmente, formaba parte del plan de estudios, leí el "Quijote" de **adolescente**. Como única metodología, el maestro, a comienzos de octubre, nos propuso enfrentarnos con un capítulo diario. No cumplí este modesto programa. A partir del capítulo VI seguí leyendo sin parar, deslumbrado y horrorizado por aquella desenfundada carrera hacia el **fracaso**. Al llegar los primeros fríos ya había concluido la primera lectura de la novela, empujando una
10 segunda. Hacia enero, la interrumpí para retomarla desde el principio, pero esta vez en una edición anotada, en diez volúmenes, que me **fascinó**.

Comprendí que hay libros cuya lectura va más allá de sus páginas, libros que se prolongan en comentarios, notas a pie de página (un género literario que me gusta enormemente), apéndices, índices onomásticos, bibliografías (otra de mis lecturas favoritas), y así hasta llegar a las insoportables **tesis** doctorales.

15 En resumen, comprendí que una cosa son los libros y otra la literatura: una distinción que el "Quijote" reseñado por **Francisco Rico** entiende admirablemente dedicando un tomo básico al texto y a las notas y noticias esenciales, y reservando para otro independiente toda la erudición imaginable.

20 También comprendí, aunque de esto no me di cuenta hasta muchos años más tarde, que el **humor** era el lenguaje del desencanto. No era esto realmente lo que yo buscaba, ni mucho menos aún lo que necesitaba en aquella etapa de mi vida, probablemente la más incierta y angustiosa, como suele ser para la mayoría de las personas. Sin duda me habría venido mejor (aparte de una vida sexual más vigorosa y acelerada, por supuesto) una literatura más actual, más comprometida con la
25 realidad del presente, más de **vanguardia** y menos derrotista: en una palabra, más estimulante. En el mundo de mi adolescencia, incluso en aquella España vencida, pobre, atrasada y segregada del resto del mundo, no estaba de moda el escepticismo, sino la fe en el futuro. Quizá por culpa de mis lecturas del "Quijote", nunca compartí esta **fe**. Siempre he procurado ser hombre de principios, pero nunca
30 me he tomado en serio ninguna ideología.

¿Cómo podía dejar de identificarme con Alonso **Quijano**? Yo también pertenecía a la noble casta de los maltrechos supervivientes de la perpetua ruina nacional; también en mi casa abundaba el pundonor y escaseaba la comida; también a mí me protegían de mí mismo un ejército de clérigos y parientes **bienintencionados**, que no me enseñaban a desconfiar de todo, pero tampoco me dejaban salir a la calle en busca de aventuras. Eran malos tiempos, y las buenas lecturas no son buenas compañías en los malos tiempos.

40 Siempre me ha parecido **incomprensible** que el "Quijote" se considere a veces una lectura apropiada para la adolescencia, y más aún para la infancia. Tal vez lo que puede tener de cómico y algún breve episodio hacen que se confunda con un **tebeo**. En realidad, en él hay muy poca peripecia, y la poca que hay sólo lleva a la conclusión de que la aventura es imposible o, en el mejor de los casos, conduce al ridículo. No hay mensaje más terrible. (Por lo demás, el "Quijote" carece del confort de las grandes novelas posteriores, especialmente las inglesas y francesas, tan agradables de leer en una butaca junto al fuego). Con todo esto no he querido decir que el "Quijote" hiciera peores las circunstancias de mi vida. Todo lo contrario: las **alivió** y les dio sentido.

45 Tampoco he querido decir que si no lo hubiera leído cuando lo leí, mi concepción de la vida y la **literatura** habría sido distinta. Es muy posible que mis inclinaciones me hubieran llevado al mismo resultado por otros caminos, a través de otros modelos; y no se me ocurre mejor guía para este trayecto que la elegante **melancolía** de Cervantes. Lo único que quería decir es que mi primera lectura del "Quijote" no fue una experiencia placentera, aunque sí enriquecedora. Dejo a cada desocupado lector decidir cuál de las dos es preferible.

[Publicado por primera vez en "El País", el 18 de abril de 1998.]